

nia, hubieran regresado tranquilamente á Manaos.

No puedo decir cuanto tiempo duró la especie de atonía que me dominaba; pero pasando súbitamente de aquella falsa calma á una cólera ciega, hice caer á plomo sobre todos mis pérfidos guías una granizada de palos, pues habian logrado trasformarme de hombre en demonio. Hubiera dado cuanto poseia por verles tomar á su vez la ofensiva, pero ni uno solo se movió. Como Policarpo era el mas culpable, le rompí un remo en la cabeza, lo cual debió complacer mucho al miserable, porque no le era ya preciso manejarlo.

Después de este castigo me tendí sobre mi estera, corrí las cortinas, y armando mi revolver esperé lo que pudiera ocurrir, sin olvidar ciertas precauciones ya indispensables, como el llenarme los bolsillos de balas, cargar con ellas mi escopeta y ceñirme el sable sin hacer ruido. Mientras esto hacia, en la delantera de la canoa se celebraba un consejo en voz baja; poco después cada indio cogió su remo, incluso el guardia nacional, contrariando su costumbre; Policarpo mandó la maniobra en voz baja, y un minuto después estábamos en camino.

Al día siguiente, queriendo dibujar, me bastó hacer una señal para ser trasladado en el acto por primera vez al sitio á que me proponia ir: la paliza habia producido excelentes efectos.

Quedóme un temor que no se desvaneció en todo el tiempo que navegué en los rios; cuando iba al interior de los bosques, el corazón me latía con violencia al volver, pues mi imaginación me hacia ver constantemente mi canoa perdida en la inmensidad del horizonte, con la perspectiva no tranquilizadora por cierto, de sucumbir al hambre.

Entre tanto procuré sacar partido de mi golpe de Estado. No bien veía algún pájaro sobre las ramas, y mas aun cuando los indios lo veían antes que yo, se volvían para señalármelo, y Policarpo dirigía hábilmente la canoa hácia aquella parte, combinando con destreza el movimiento del timón que era necesario para ponerme en disposición de disparar, lo que verificaba siempre sentado sin gran molestia, pues tenia delante de mí la escopeta; y bajándose el indio que se hallaba del lado de la orilla, hacia fuego por encima de su cabeza. Debo confesar que no siempre eran ciertos mis tiros, á causa de los incesantes movimientos de la canoa. Algunas veces me seguían turbas de monos, saltando de rama en rama y haciendo las mas estrañas gesticulaciones, lo cual se verificaba casi siempre después de salir el tiro.

Muchas veces érame forzoso permanecer inactivo, pues no siempre el paisaje era tan pintoresco como yo deseaba, sobre todo cuando los boababs rodeaban las orillas con sus troncos lisos y blancos y sus anchas y poco numerosas hojas. En tales casos ponía en orden todos mis enseres y los preparaba conve-

nientemente sin olvidar mis armas, de modo que tales días no eran enteramente perdidos.

A veces, después de un día abrasador me sentaba bajo el pabellón de mi canoa, ponía mis dos monos sobre mis rodillas, lo que les complacía sobre manera, pues no les economizaba las naranjas y los bananos cuando los tenia. Allí permanecía hasta muy entrada la noche, mientras mis indios, que habian echado la piedra al fondo, después de haber respirado la frescura de la orilla, dormían á su placer. Mi canoa se dibujaba en sombra sobre el fondo terso y brillante del rio, que reflejaba tranquilo un cielo sereno; ningún rumor se oía, y podía creerme solo: también mis monos habian cedido al sueño. Muchas horas habia pasado á bordo de buques de gran porte contemplando la inmensidad, mirando sin ver, ó examinando las diferentes formas que tomaban las nubes impelidas por el viento; pero en tales casos me era imposible aislarme por completo, porque tenia compañeros de viaje y oía en medio de los sueños de mi imaginación la voz de mando de un oficial ó el pito de un contramaestre. Pero allí reinaba un silencio absoluto: la naturaleza estaba muda, y mi canoa parecia suspensa en el espacio... Después de soñar mucho tiempo aunque despierto, concluía siempre por asociarme á la calma solemne que me rodeaba: á mi vez me quedaba dormido, y al despertar cubierto con el rocío de la noche, me apresuraba á envolverme en mi capa, y á esperar el día. el sol y las aventuras.

Canoma.—Los mondurucus.—Privaciones.

Después de haber costado largo tiempo tierras incultas, llegamos al fin á unos campos en que se alzaban algunas chozas bien construidas: nos acercábamnos á Canoma, por donde corre el verdadero Madeira. Acabábamnos de subir uno de sus brazos, y mi itinerario prescribía bajar por otro que allí se denominaba Paraná-Mirim, y bajaba por detrás de diferentes islas á desembocar en el Amazonas mucho mas abajo que la boca por la cual yo lo habia subido.

Teniendo una carta para el vicario de Canoma, hice subir la canoa hasta ponernos en frente de aquel lugar, y allí pasamos la noche para hallarnos dispuestos á bajar de nuevo á la siguiente madrugada.

El vicario estaba ausente, pero su hermano me recibió con mucha afabilidad, y después del desayuno le pedí que me proporcionase desde luego un modelo, á lo que accedió haciendo venir uno que se prestó á serlo con bastante facilidad.

En aquel lugarcillo, habitado únicamente por el vicario y algunos portugueses que estaban á sus órdenes, se construía á la sazón una iglesia, para cuyos trabajos habian sido requeridos muchos indios casi salvajes. Allí habia una tribu entera de mondu-

rucus de todos sexos y edades. Aquellas tribus son las mas estimadas por su bondadoso carácter, su valor y su fidelidad.

En su mayor parte, aquellos indios estaban medio desnudos: las mujeres llevaban unos pequeños corsés que les llegaban hasta debajo del pecho, y las que usaban zagulejos se los ataban muy abajo. Aquellas buenas gentes pasaban el día trabajando y riéndose á carcajadas con sus mujeres, gruesas mocetonas á quienes nada importaba entonces que sus corsés ó zagulejos estuviesen del revés. Su honradez me reconciliaba con la raza india.

Sabia que los mondurucus habitaban las orillas del Madeira, y me aseguraron que subiendo su corriente encontraría á los Araras, tribus peligrosas y enemigas de los mondurucus. Deseaba llevarme algunos recuerdos tangibles de aquellas tribus aun no civilizadas, pero carecia completamente de datos. Así, confiándome á mi destino, como los fureos á la fatalidad, salí de Canoma é hice engolfar en el rio mi canoa.

Si mis indios no opusieron dificultad alguna, no pudieron reprimir algunas señales de disgusto cuando les mandé remar hácia el lado del Madeira. Cuanto mas subíamos mas corpulentos me parecían los árboles. Habiendo trascurrido cuatro días sin desembarcar, tenia casi agotadas mis provisiones y esperaba con impaciencia el momento de cambiar de situación. Por todas partes veíamos terrenos movedizos y árboles tronchados. En Manaos me habian dicho que en el Madeira encontraría desde su desembocadura hasta Canoma abundantes provisiones, sobre todo de caza, y lo cierto es que no hallé sino las barcas en que habia comprado dos tortugas y un pescado. Por fortuna, no me escaseaba el pan, pero al consumirse el que tenia á mano y el que ocultaba debajo de mi entarimado, me estremecí. Las lluvias me habian deteriorado ya algunos objetos sin importancia y desteñido mis cortinas verdes, cuyo color llenó de manchas otros efectos; pero no habia previsto un percance mas trascendental: las galletas se habian adherido unas á otras y formaban un pedazo viscoso de color sucio. Este fue el principio de mis privaciones. Pasé parte del día en despegar cada galleta, y con mi calabaza llena de agua hasta la mitad, las lavaba para quitarles hasta donde era posible el color azul que añadia al moho natural un aspecto aun mas repugnante.

En Canoma pude renovar la cachassa, parte de la cual habia vuelto á serme robada. Además de ella di algunos puñados de harina á los indios, que la mezclaban con agua: bebida que parecia serles muy agradable. Habiales aumentado la ración y se la daba dos veces al día antes de mi golpe de Estado, pero ya solo se la daba una vez, pues era muy prudente economizar mis provisiones, ignorando lo que mas

adelante ocurriria. Eperando días mejores, hice echar la canoa á tierra para coger limones y naranjas que habia visto en la cumbre de un montecillo, pues los primeros me servian de vinagre para comer mi pescado salado, y también de bebida; y con mi azúcar terciado y mi calabaza llena de agua prescindia muy bien del vino. Pero este régimen alimenticio destruyó poco á poco mi salud, pues si bebía mucho, apenas comía. Habia economizado todo lo posible mi queso de Holanda, pero al fin fue preciso encontrarlo un día.

Cómodamente sentado debajo de mi techo que, al principio de mi viaje hubiera podido llamar techo de frondosidad, pero que en aquellos momentos no era ya sino una miserable estera de paja, hice en la corteza del queso una señal con mi cuchillo, apoyando este suavemente; pero sin duda no lo apoyé bastante, y volví á empezar mi tarea empleando cada nueva prueba un esfuerzo mayor, hasta que por último el arma inútil me cayó de la mano y me sentí espeluznado de pies á cabeza. ¿Me habian engañado? ¿Habia por equivocación comprado únicamente el título y las señas de la tienda, y tomado un queso de madera? No. Aquel queso era en realidad un queso de buena fe, pero poseia en un grado extraordinario el instinto de la resistencia, porque para probarlo me fue preciso emplear una barrena á fin de hacerle un agujero en el centro. Recurrí á una sierra, y al verla hacer su oficio me ocurrió una idea feliz; en el agujero practicado por la barrena vertí un poco de manteca reducida por la temperatura al estado de aceite, y pude ensanchar por este medio la abertura, valiéndome de mi cuchillo. Hice este primer almuerzo á la vista de mis dos monos, colocados en una de las ventanas de su observatorio, pues ellos también habian hecho agujeros encima de mi cabeza.

Permanencia en las orillas del Madeira.—Retratos.—Un coati.—Los Ceranos.—Los Araras.—El capitán Juan.—Un joven apto para el matrimonio.—Fuga de mis modelos.

Empezaba á creer que el tiempo pasaba rápidamente y que las fotografías no me bastaban; pero necesitaba indios y á nadie veíamos. Los víveres, entretanto, disminuían y no habia medio alguno de reemplazarlos. Al fin oímos ladrar unos perros, y descubrimos una *malloca*, habitación de una tribu de mondurucus. Aquella *malloca*, como otras á que después fuí, estaba construida como las demás chozas, pero era mucho mayor, y tenia tabiques hechos como las paredes, puertas y techos de hojas. En cada compartimiento habia un hogar de piedra, esterres, hamacas y un mortero con su mano para moler harina de yuca; de las paredes pendían arcos y flechas.

Precisado á valerme de Policarpo y del guardia

nacional, envuelos á preguntar si se podia comprar algo, y supe que esto era casi imposible. Habiendo pintado en Canoma á un indio de la tribu, enseñé mi obra á los que me rodeaban, quienes hicieron mil aspavientos al verlo, mirando atentamente por detrás del papel, tomándolo una y otra vez, y repitiendo una palabra que no pude comprender. Las mujeres no se atrevian á acercarse, y al acercarme yo á ellas huieron.



Una india Mondurucu.

lencio sepulcral; todos los pescuezos estaban estirados, y al parecer nadie respiraba.

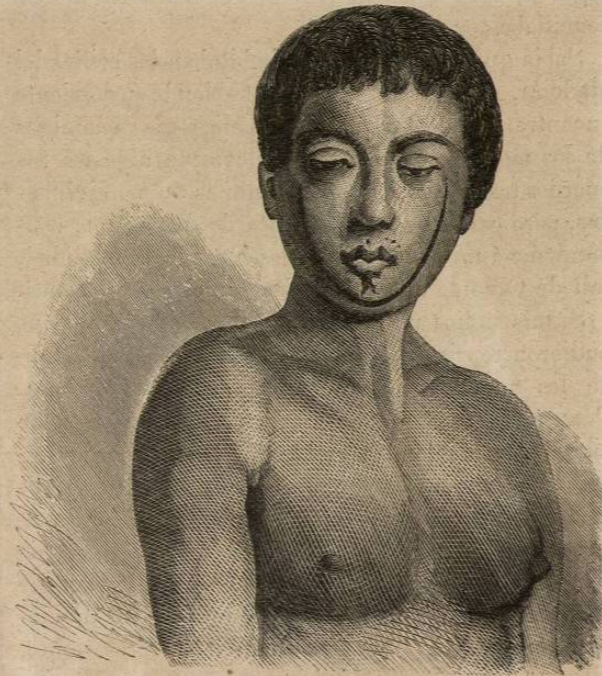
Compré harina y pescados, y los pagué con anzuelos y tabaco.

...Muchos dias pasaron casi del mismo modo. Por desgracia no podia penetrar en aquellos bosques por nadie pisados, y donde era probablemente el primero que intentaba hacerlo con la ayuda de su machete; encontré sin embargo algunos lugares descubiertos. En una de aquellas estranas escursiones herí ligeramente á un coati que vivió ocho dias en mi canoa, y cuya muerte aumentó nuestras provisiones de boca que se acercaban á su fin de una manera espantosa. Algunas veces entraba en una habitacion, enseñaba el retrato de los caudillos, ó proponia su precio en tabaco ó collares, y escogiendo las caras pintarrajeadas, retrataba una hora ó dos.

Al declinar el sol hacia empujar la canoa al lado envuelto ya en la sombra de los árboles, y dibujaba lo que á mis ojos iba presentándose. Sentábame lue-

Colgué el retrato de un tronco, y puedo decir que en aquella ocasion tuve tan buena suerte que el cacique de la tribu, aunque era un pobre viejo enfermo, acudió tambien, apoyado en su hijo, á ver la maravilla. Nos estrechamos las manos, y envié á buscar una botella de cachassa.

Regalé además al viejo dos collares de cuentas azules y un pedazo de tabaco por una hora de session. Arreglado el negocio, pinté en medio de un si-



Un indio Araro.

go sobre mi toldo, jugaba con mis monos y mataba, ya un martin-pescador, ya una garza, y á veces un mono. Al llegar la noche sacaba mi capa, mi estera y mi tienda para dormir al aire libre, y volver al trabajo al dia siguiente, despues de calentarme y secarme el rocío de la noche.

Mi salud se alteraba visiblemente, pues ya apenas comia y bebia mucha agua, y tal era á ratos mi debilidad, que pasaba dias enteros sin trabajar. Tentaciones tuve de alejarme del Madeira por algunos dias; y como despues del duro castigo que tan oportunamente habia aplicado me bastaba un solo gesto para ser obedecido al punto, hice entrar sin dificultad la canoa en un brazo de rio que desaguaba en el Madeira.

Parecióme que la vegetacion habia sufrido al cabo de algun tiempo notables cambios, pues los árboles eran inmensos. Un dia medí uno que habia sido tronchado por un rayo, y cuyo diámetro equivalia al quintuplo de la longitud de mi escopeta. Las pal-

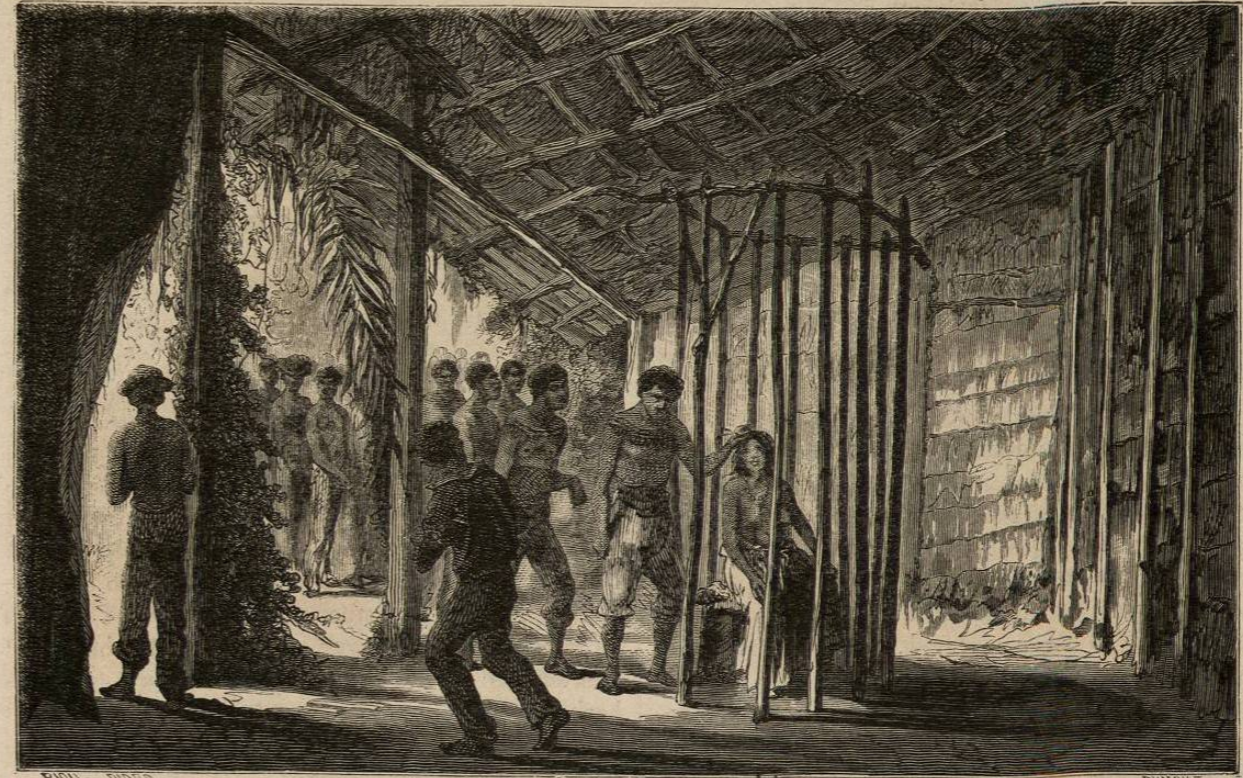
meras, que siempre habia visto delgadas y altas, tenían dimensiones gigantescas, y por todas partes hacian resonar roncros y agudos chillidos, enormes aves de rapiña. Un águila de cabeza blanca vino á pagarme tributo y aumentar mis colecciones. Mucho trabajo me costó prepararla, porque habiéndole tirado al vuelo cayó al rio, y luchando terriblemente se habia estropeado las plumas.

En aquellas orillas todos los árboles formaban,

como los mangles, los mas caprichosos enlaces con sus raices.

El rio, cuyo nombre no he podido saber, debia ser muy peligroso en sus crecidas, pues sus orillas, sobre haber sido arrastradas, estaban cubiertas de despojos.

Un dia en que entramos en un anchuroso lago, descubrimos á lo lejos un grupo de chozas. Al acercarnos, todos los hombres vinieron á las orillas, y al



Una costumbre de los indios Mondurucus.

verlos sentarse para esperarnos adiviné desde luego la tribu á que pertenecian. En Manaos me habian dado pormenores que recordaba bien; sabia que los mondurucus se pintaban la cara de un azul verdoso, trazándose una línea que partia de una oreja y pasaba por debajo de la nariz para terminar en la otra oreja. No eran manchas sino una mella muy profunda, pues habia dibujos en el pecho, el cuello y los brazos. Así estaba adornado el viejo cacique. Sabia tambien que los Araras se contentan con pintarse una media luna, que pasa de la barba á las dos mejillas, terminando cerca de los ojos.

Conocí que estábamos entre los Araras, tanto mas fácilmente cuanto que el que me pareció cacique llevaba algunas plumas en la nariz, otras plantadas en unos agujeros abiertos en el labio superior, y una debajo de la barba.

No obstante, habia hecho ya una observacion, y á mi pesar hube de repetirla. Un jóven arara, dispuesto á servirme de modelo, desapareció cuando ya tenia preparada mi paleta, y no fue posible hallarlo: este hecho se repitió al dia siguiente. Habia formado vastos proyectos, y entre otros el de pintar un cuadro que me proponia terminar mas adelante, el cual debia representar una oracion al sol; pero al ver cómo me trataban los indios, tomé el partido de marcharme á toda prisa; hice pues entrar á mi gente á bordo bajo un pretexto cualquiera, y al llegar la noche nos engolfamos en el rio.

Mientras duraron los necesarios preparativos me mantuve en pie, con la escopeta en una mano y la otra en el bolsillo del pantalón: mi gente sabia bien lo que tal actitud significaba.

Cuando me dejaba llevar por la corriente, todo iba

bien; pero entonces íbamos á volver á entrar en el Madeira, y mis indios ignoraban si continuaríamos ó no el viaje, lo que era muy diferente.

Pero cuando salimos del rio y mandé poner el timon al Oeste y orientar la vela,—porque el viento nos favorecia para subir la corriente,—la sonrisa desapareció. Oprímíame el corazon al verme obligado á recurrir casi á la fuerza siempre que mandaba hacer algo que no complacia á todos. En tales casos me levantaba y procuraba justificar el honor que me dispensaban temiéndome, subyugados, ya por el natural respeto que la gente de color profesa á los blancos, ya por la índole misma de mi trabajo, al cual atribuían sin duda una influencia mágica.

Un día, cerca de una playa en la que nos detuvimos ví una canoa vacía. No era fácil averiguar su procedencia, pues allí no habia indicio alguno de habitación; mas, no tardó en salir de un sendero un indio viejo armado con una escopeta, y que habia atado al rededor de su cuerpo á manera de tahalí una liana de la que pendían una docena de pájaros y un mono pequeño. El indio se mostró muy sorprendido al vernos.

Hacia algun tiempo que no sabia dónde nos hallábamos, y como tampoco lo sabian mis indios, tomé mi partido. Confieso que fue grande mi alegría cuando aquel hombre me preguntó en portugués quiénes éramos y qué íbamos á buscar. Los indios á cuyo pais nos encaminábamos no comprendían esta lengua, y se entendían en un idioma llamado la *lingoa geral*, ó lengua general, de la que yo no sabia ni una sola palabra. El viejo indio me dijo que en otro tiempo habia habitado un lugar llamado Abacaxi, cerca de Marvis, en el Paraná-Mirim de Madeira; era cacique de una reducida tribu establecida á pocas leguas de allí, y se le conocia con el nombre de el *capitan Juan*.

Hícele entrar en mi canoa y entablé afectuosas relaciones con él, merced á la infalible eficacia de la cachassa, que segun me confesó, no habia probado hacia mucho tiempo.

Le enseñé todos mis estudios y le rogué dijese de antemano á los hombres y las mujeres de su tribu que considerasen todo lo que hacia como una prueba del placer que tendria en llevar á mi pais el retrato de las personas á quienes amaba; y le esliqué hasta donde me fue posible lo que significaba mi aparato de fotografia. Quiso tocarlo todo, y no pude evitar que pusiera sus dedos sobre un *cliché* , que destruyó en parte. A su vista saqué, mientras subíamos el rio, el dibujo de una palmera inclinada sobre el agua, y cuando desembarcamos éramos íntimos amigos.

Mi introductor fue quien primero desembarcó, y le ví alejarse trepando por un sendero muy escarpado, con el objeto de prevenir á su tribu, que era to-

avía la de los mondurucus. Aquella buena gente no me inspiraba temor alguno, y siempre que me ví entre ella opiné del mismo modo.

Habiendo espresado al capitan Juan mi deseo de retratar hombres pintarrajeados, volvió con dos que que lo estaban de fecha tan reciente que la huella profunda que en medio de la cara tenian destilaba todavía sangre: eran padre é hijo. El color azul con que se pintan me hacia parecer sus ojos encarnados, es decir mas encarnados, porque efectivamente eran, en virtud de no sé que procedimiento, de este color; pero á pesar de tales extravagancias aquellos hombres tenian un marcado aspecto de bondad.

Así pasé mi primer dia; mas, al llegar la noche, y en el momento en que empezaba á dormirme me despertó un ruido discordante y continuo, y ví un vivo resplandor hácia los dos lados de las chozas. Aunque enfermo me dejé dominar por la curiosidad, y apoyándome como pude en mi escopeta, llegué á tiempo de asistir á un extraño espectáculo que no comprendia. Entre tanto, fuí á sentarme como todos los demás.

La música se componia de tambores y de un instrumento cuyo sonido se asemejaba al de la flauta. Los indios se habian sentado formando corro, y en el centro de este, un jóven de diez y siete años estaba en pie y era objeto de una atencion especial. Sin embargo, nada tenia de notable sino que llevaba en el brazo izquierdo en lugar de manga un objeto llamado *tiptip*, que es un estuche de latanero, que puede acortarse ó alargarse segun se quiere, estrechándolo ó abriéndolo: de él se sirven los indios para amasar la harina de yuca. Los hay muy grandes, pero aquel apenas era mayor que el brazo, y estaba fuertemente atado á la altura del hombro.

Naturalmente hice lo que los demás asistentes, y sin saber por qué me puse á mirar al protagonista de aquella escena, esperando el desenlace. Al cabo de media hora, el jóven en cuyo semblante no habia advertido la mas ligera emocion, fue libertado de aquella manga de nueva especie; entonces ví que su brazo estaba prodigiosamente hinchado, y que del lugar en que habia permanecido durante media hora, salia una cantidad enorme de hormigas muy gruesas, de la especie mas peligrosa.

Los indios rodearon al jóven mártir y le condujeron á una choza inmediata al son de la música, que al pasar cerca de mí me permitió ver de qué materia eran aquellas flautas cuyo armonioso sonido habia llamado mi atencion. ¡Horror!... eran huesos de muerto, adornados con grandes alas de escarabajo, y pendían del cuello de los músicos, sujetos con unas cuerdecillas.

El capitan Juan puso en mi noticia que aquel jóven iba á casarse, y acababa de sufrir la prueba pre-

paratoria acostumbrada en tales casos, habiendo sido considerado apto para el matrimonio.

Durante tres dias que estuve formalmente enfermo solo dibujé dos cabezas, que no pude concluir, pues me ocurrió lo que con la primera, es decir, que mis dos modelos huyeron.

Otra vez me propuse retratar una vieja, pero tambien emprendió la fuga asi que la miré con alguna atencion.

Estas desapariciones llegaron á parecerme sospechosas, y habiendo hablado acerca de ello al cacique, hizo llamar á los dos indios y á la vieja, quienes me hicieron saber por conducto de aquel lo que yo estaba muy lejos de imaginar.

Policarpo, no atreviéndose á atacarme abiertamente, habia inaugurado ya en Manaos un sistema de sorda alevosía cuyos efectos habia sufrido sin sospechar la causa. Cuando un modelo parecia dispuesto á tomar la postura que yo le indicaba, si no lo retrataba en seguida, Policarpo le decia que tenia entendido que en el pais de los blancos habia muchos individuos sin cabeza, y que yo estaba encargado de procurarme el mayor número posible de estas, de modo que el imprudente que por un poco de tabaco ó algunos collares se prestase á mis peticiones, debia temer que su cabeza le abandonase el dia menos pensado y fuese á reunirse al tronco á que estaba destinada.

Si me hubiese hallado en otro lugar, y no entregado por fuerza á tal bribon, le hubiera tratado como lo hice mas adelante; pero temia verme abandonado, porque habia oido ya ciertas palabras entre él y los otros tres. La aficion á los bosques vírgenes y el innato amor á la libertad que nunca abandona al indio, me habian hecho entregar á tristes reflexiones, atendiendo á que me hallaba enteramente á su disposicion.

El honrado cacique, que, como todos los que veian á Policarpo le miraban con prevencion, me aconsejó que disimulase y lo llevase al Pará, donde el presidente se encargaria de aplicarle el debido castigo.

Costumbres de los mondurucus.—Estraña ceremonia.—Sus ideas acerca de la muerte.—Los adivinos.—Preparacion del veneno *curare*.—Caza con cerbatana.

Continuaba enfermo, y puesto que al fin era preciso dejar allí mis huesos ó partir, me aproveché del buen capitan para procurarme algunos detalles acerca de las costumbres de los mondurucus en general, pues no ignoraba que habian sufrido grandes modificaciones.

Un dia llegué, aunque no sin mucho trabajo, á una choza donde oí gritos de dolor, pero se me habia pedido cortesmente que me alejara. Grande era mi deseo de saber lo que allí pasaba, y por Juan supe

que en aquella choza se habia construido una jaula de madera dentro de la cual habian metido á una jóven: la ceremonia tenia por objeto celebrar su paso de la pubertad á la juventud. Cada individuo de la tribu, despues de untarse los dedos en una especie de liga, le arrancaba algunos cabellos.

Díjome tambien Juan que entre los mondurucus que aun no han sido instruidos en la religion católica (él tenia la fortuna de estarlo) habia visto siempre con horror ciertas costumbres aun no destruidas por el tiempo. Por ejemplo, creen que Dios, el sol ó un Ser Supremo, despues de haber dado la vida, seria injusto si la quitase, y que por consiguiente, cuando un hombre muere, esto no puede ser sino por obra de algun enemigo. La familia se traslada á la casa del que desempeña el papel de sacerdote, de doctor y adivino, el cual hace exorcismos para invocar al Gran Espíritu, y concluye por designar á su arbitrio la víctima destinada á sucumbir, sea como fuere, para vengár á un muerto en cuyo fin no ha tenido parte, y que quizá era su amigo; pero habiendo hablado el sacerdote, es forzosa la sumision. Fácil es conocer la influencia que semejante hombre adquiere en una tribu en que cada individuo ve su vida amenazada, á poco que disguste á ese abastecedor de la muerte. El mismo cacique no está exento de la ley comun. Esta manía de vengar á un muerto eliminando de la tribu á otro miembro tal vez muy inocente, me esplicaba el por qué en tan gran estension de terreno habia tan escaso número de habitantes.

Pocos dias antes habian hecho la provision de *curare* (*curarayai*), pero llegué tarde para presenciarla; el amigo Juan me regaló una *panela* llena hasta la mitad de este veneno, y me esplicó cómo se prepara.

En todas las ceremonias, las viejas representan el papel principal: ignoro si es por honrarlas. Yo las habia visto bailar delante de la imágen de San Benito, pero aquí el asunto es mucho mas trascendental, pues estaban encargadas de la fabricacion del *curare*, y se hallaban condenadas á muerte.

Reúnese la tribu cierto dia; al rededor del hogar se amontonan ramas y hojas secas, y una, dos ó tres viejas tienen la obligacion de encender el fuego y atizarlo durante tres dias. Clávanse en el suelo dos palos que se atan por arriba, y de su estremidad pende por medio de fuertes lianas una gran *panela*. Algunos hombres, divididos en dos grupos, van á cortar al bosque la liana venenosa de que el *curare* se compone en parte, pues entran en él otros ingredientes que no pude conocer, y á llenar en el rio vasijas que traen solemnemente, como tambien las lianas. Depositán luego todo esto en un círculo que las víctimas no deben abandonar mientras dura la fabricacion, y tendiéndose todos en el suelo cantan en voz baja: